

## ANICETO HEVIA, LA VIGENCIA DE UN REBELDE

*Hijo de ladrón* de Manuel Rojas se publicó el año 1951, y a despecho del tiempo transcurrido sigue siendo una de las novelas claves de la narrativa chilena y latinoamericana. Su aparición entregó a los lectores un personaje singular e inolvidable llamado Aniceto Hevia, y también marcó un quiebre en la manera de contar una historia en uso hasta entonces, incorporando técnicas narrativas novedosas y apropiadas para conocer la conciencia de su protagonista y los puntos de vista de los distintos personajes. *Hijo de ladrón* es una novela vigente y actual, tanto por la maestría de su factura, como por las ideas que recorren sus páginas y que nos hablan de la necesaria rebeldía en contra de todas aquellas restricciones que nos oprimen y limitan. Tal vez porque el mundo no ha cambiado tanto como creemos, en estos tiempos en que todo, hasta la solidaridad y la ética, son mercancías destinadas a cambiarse por dinero, las palabras de Manuel Rojas o de Aniceto Hevia resuenan con una indesmentible actualidad: “dame tiempo para mirar y quédate contando tu mercadería; dame tiempo para sentir y continúa con tu discurso; dame tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; dame tiempo para gozar del cielo, el mar y del viento y prosigue vendiendo tus quesos o tus preservativos; dame tiempo para vivir y muérete contando tu mercadería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa de gobierno, leyendo tu diario o traficando con tus productos, siempre más baratos de lo que los pagas y de lo que los vendes”.

*Hijo de ladrón* es una novela que propone una formación ética; la del hombre que asume su libertad y que a pesar de las trampas que ponen las estructuras sociales en su camino, logra mantenerse fiel a su impulso natural de oponerse a todo tipo de injusticia, a todo orden social que implique el menoscabo del ser humano. Leer o releer sus páginas provoca unas ganas irrefrenables de salir a andar por los caminos, de cara al horizonte o junto al mar, respirando el aire que nos da vida sin otro límite que el cansancio de nuestros pasos. Pero este impulso no es solo una invitación a un viaje solitario para construir una vida en función de nuestros deseos sino que también una invitación a la solidaridad, a compartir el pan y los sueños con los hombres y mujeres que encontramos en el camino.

Manuel Rojas (1896–1973) fue un escritor que se hizo a pulso; un autodidacta de viejo cuño que construyó su amistad con la palabra escrita

después de ejercer los oficios más rudos, marginales y mal pagados que se puedan imaginar. Un autor que escribió con la piel de su propia vida una épica del desamparo y de la libertad. Como él mismo lo dijo en *Algo sobre mi experiencia literaria*: “mi vida de niño y de adolescente fue agitada y como además conocí, andando por el mundo, muchos hombres que narraban, en un campamento, en una estación de ferrocarril, en una comisaría, sus historias y las ajenas, tenía un amplio repertorio de historias que podía contar a quien quisiera escucharlas o a quien me contara otras”. De ese conocimiento, al que estuvo atento desde su infancia, Manuel Rojas sacó los trazos y los colores que le permitieron crear a sus personajes, auténticos y vitales incluso en la desgracia o el abandono. Y como bien lo sintetiza el escritor Luis Enrique Délano en su ensayo “Nuestro Máximo Gorki”, Manuel Rojas fue un “escritor viril, sensible, desbordante de solidaridad humana y educado en las universidades de la vida”. Desde otra mirada, su hija Paz, señala en el artículo “Recuerdos de mi padre”: “Es difícil ser como él era. Más que un escritor, más que un profesor, fue un antropólogo en el amplio sentido de la palabra. Un hombre íntegro de estos tiempos”.

“Vean modo de comprar algo de comer”, dice el padre de Aniceto Hevia a sus hijos cuando se apronta a pasar una larga temporada en la cárcel y después de padecer la muerte de su esposa. Sin madre ni padre, Aniceto y sus tres hermanos comienzan a vivir la orfandad que los lanza desnudos a un mundo que apenas conocen. Es ese desamparo la herida que acompañará a Aniceto Hevia durante su existencia y a la que en todo instante busca sobreponerse. Y es el relato de su vida, tan similar a la de Hevia, lo que conmueve al lector de *Hijo de ladrón* y lo hace compartir sus andanzas con entusiasmo, tal vez porque todos somos un poco Aniceto Hevia y en algún momento descubrimos que el misterio de la vida está en resolver el desafío que media entre la resignación y la rebeldía. Y si eso se entiende, tal vez podemos decir junto a Aniceto: “de pronto terminó el muro y apareció el mar”. Palabras que acompañan a Hevia cuando sale de la cárcel y a partir de su aprendizaje errante se dispone a conquistar un lugar de paz en el mundo.


En *Antología autobiográfica* Manuel Rojas cuenta de sus dificultades para dar con el tono que deseaba para escribir la novela que lo haría famoso. “Si he de decir la verdad –cuenta–, no sabía exactamente lo que deseaba.

Solo pretendía aprovechar algunas experiencias propias y otras ajenas, describir seres y ambientes, expresar como pudiera, los sentimientos o las reflexiones que todo ello podía producir". No obstante sus dudas, lo que logra Manuel Rojas es crear una novela singular y establecer una frontera o línea divisoria en la narrativa chilena. De ahí en adelante, los escritores locales no podían seguir surcando las aguas del criollismo y el naturalismo en boga hasta entonces. Con *Hijo de ladrón* nace una nueva forma de apropiarse de la realidad y un nuevo estilo para contarla. La intimidad y la conciencia de Aniceto Hevia eran algo a tener en cuenta, y para Manuel Rojas fue el inicio de un proyecto narrativo que se materializó en las novelas: *Mejor que el vino*, *Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*. Con todas ellas, Manuel Rojas escribió con letras grandes su nombre en la narrativa chilena. Su obra fue traducida a otros idiomas, la crítica reconoció sus logros y sus lectores popularizaron sus creaciones. El año 1957 recibe el Premio Nacional de Literatura.

Manuel Rojas murió el 11 de marzo de 1973. A su despedida en el Cementerio General concurren numerosos escritores a dar testimonios de admiración por el autor de cuentos inolvidables como *El vaso de leche*, *Laguna* y *El delincuente*. Autores y personalidades de todas las estaturas y colores elogiaron la obra de Rojas y expresaron su pesar. De todos ellos, él que mejor expresó el sentir de quienes despedían al escritor y periodista, fue su amigo presidente de la República, Salvador Allende: "Chile, el pueblo, pierde a uno de sus más grandes escritores, y además, a un hombre extraordinariamente consecuente con sus ideas y principios. Novelista de prestigio internacional, supo destacar la vida del pueblo. Nos dio la lección de su propia existencia, hecha a golpe de esfuerzo; lo que narró lo vivió y vivió siempre junto a los humildes".

Pasan los años. *Hijo de ladrón* continúa ganando lectores, atrayendo y conmoviendo a personas que siguen los derroteros de Aniceto Hevia, nuestro héroe popular que nos habla de un país con injusticias y miserias que persisten hasta la actualidad. Un personaje que sigue apelando a nuestra conciencia para que aceptemos el compromiso de recorrer un camino en el que siempre esté presente el deseo de vivir sin ataduras ni renuncios.

*Hijo de ladrón*, la novela gráfica, el libro que motiva estos apuntes, es otra forma de ingresar a la narrativa de Manuel Rojas. El cómic y la novela grá-



fica son formatos creativos de gran impacto en muchos lectores actuales, jóvenes y adultos, y se ha convertido en un medio privilegiado para el acceso a la lectura, y en algunos casos, como ocurre con la presente obra, un acercamiento a grandes novelas de la literatura chilena y universal. Sus autores, Christian Morales y Luis Martínez, asumieron con especial responsabilidad y talento el desafío de dar una renovada vida a la obra cumbre de Manuel Rojas. Los textos de Morales, responsable del guion y de la adaptación de la novela, siguen fielmente el hilo de la historia, y son el soporte adecuado para potenciar las elaboradas ilustraciones de Martínez, las que reproducen a la perfección el contexto urbano y social en el que se enmarcan las peripecias de Aniceto Hevia. Destaca la rigurosidad histórica del texto y las imágenes; la preocupación por los detalles de cada ambiente, y por las expresiones de los personajes cuando dan cuenta de sus vidas o del dolor que de pronto los embarga. El trabajo de Christian Morales y Luis Martínez, con el apoyo de Marco Herrera, condensa acertada y bellamente los principales episodios de *Hijo de ladrón*. Los autores entregan una obra que captará el interés de los lectores desde sus primeras viñetas, y que más allá de sus innegables méritos artísticos y literarios constituye un homenaje de alto y arduo vuelo creativo para un escritor imprescindible; y desde luego para una novela que hace tiempo rompió los límites del tiempo, las modas y el olvido.

Ramón Díaz Eterovic.